

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta:
Siente el robusto brazo que porfia
Aun por ahogarle; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

.....

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgullosa torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consumo antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos rauda asuela;
Al labrador sus mieses arrebató;
Pavoroso terror las gentes hiela;
La vírgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó: lució ya el día
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia:
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazón y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

.....

VI.

El grito escucha de venganza y guerra
 Gozoso de su estruendo el mahometano,
 Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
 Do baña el Lete el muro jerezano.
 ¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
 ¡Oh cara patria! y se prepara en vano
 Rodrigo de su ejército á la frente,
 Que los vicios de un rey vician su gente.

VII.

Despareció del godo la osadía
 Y el antiguo valor: las armas ora,
 Noble ejercicio de su esfuerzo un día,
 Cansado blande y los deleites llora,
 Mientras la enseña de la luna impía
 Tremolan á los aires vencedora
 Los que el mundo, beligeros varones,
 Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de márfil ostenta
 Corona de oro y perlas en su frente:
 La regia pompa y galas aparenta
 Que en los banquetes le adornó luciente.
 ¡Miseró! en vano el corazón alienta;
 No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotente!
 Tu diestra levantada; arder no mira
 Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
 Y en su fértil llanura el campamento
 Fijamos frente á la morisma fiera:
 Resuena el campo en pavoroso acento,
 Al aire va tendida la bandera,
 La trompa agita el sonoro viento,
 Armas y carros resonantes giran,
 Y ambas huestes atónitas se miran.

X.

La noche el cielo en su sombroso manto
 Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
 Relámpago sombrío, que el espanto
 Y el horror de la noche acrecentaba;
 Lúgubre, sola y temerosa en tanto
 La voz de las vigias se escuchaba,
 Y en torno de los campos tenebrosos
 Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido
 Dejaba el golfo del rosado oriente,
 Y el rayo, de su disco despedido
 Doraba de Jerez la alzada frente:
 Quiebra entre tanto morrion bruñido,
 Dardo mortal y arnés resplandeciente
 Su luz, y cada raudo movimiento
 De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La extensa vega de Jerez coronan
 El uno y otro ejército fronteros:
 Guerra las trompas hórridasregonan,
 Y al ruido late el pecho á los guerreros.
 Armas, carros, caballos se amontonan,
 Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
 Los rios su curso con pavor reprimen
 Y los montes al son medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guía
 Ligera entre sus fuertes escuadrones:
 Radiante en vano su corona envía
 El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
 ¡Cuán otro rige ya de aquel que un día
 Toledo vió entre nobles campeones,
 Augusto vencedor en los torneos,
 Coronada su frente de trofeos!

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
 El corazon anima, y su flaqueza
 Esconde ante su ejército, y altivo
 Muestra en su acenso bélica fiereza.
 Sancho, su hijo, el hierro vengativo
 Blande á su lado y rige la aspereza
 De un gallardo troton con diestra mano,
 Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV.

Por vez primera la robusta lanza
 Blande su brazo juvenil, y ansioso
 Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
 Ceñir pensando el lauro victorioso :
 Probar de solo á solo su pujanza
 Con el mismo Tarif ansia animoso :
 Párase en tanto el rey, alza la frente,
 Y así en guerrera voz grita á su gente.

.....

XVI.

Entretanto el clarin súbito suena
 En nuestro campo, y fiera corresponde
 Con trompas y atabales la agarena
 Hueste que al ruido en ronco son responde.
 Tarif su gente á arremeter ordena ;
 La nuestra se adelanta ; el cielo esconde
 Densa nube de polvo, el viento inflama,
 Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
 Rápidos se aperciben á lanzarse ;
 Súbito á un tiempo en alarido horrendo
 Arrancan con nosotros á encontrarse ;
 El ímpetu, las voces, el estruendo
 Tornan en son confuso á redoblarse ;
 El acero saltando centellea,
 La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle : al golpe repetido
 Sobre las armas de la hendiente espada,
 Salta el arnés al suelo sacudido,
 La cimera gentil gime abollada :
 No mas veloz, cuando el metal ardido
 Labra el martillo en la caverna ahumada,
 Sobre el fornido yunque horrendo bate,
 Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estrellan
 Con golpes reciamente redoblados,
 Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
 Hienden, rajan, destrozan irritados ;
 Armas, muertos, caballos, carros huellan
 Con espantoso estruendo derribados :
 Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
 Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recio rumor bramando el viento
 En las hondas cavernas de la tierra,
 A deshora con ímpetu violento
 Rompe la cárcel que su furia encierra ;
 Retiembla al choque el duradero asiento
 En que el orbe firmísimo se aferra,
 Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
 É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
 Todos ardiendo en ira se encarnizan,
 Vuela en pedazos la rompida malla,
 Crudos golpes los cuerpos martirizan ;
 No hay ceder, no hay calmar ; inmoble valla
 Cruzados hierros mil continuo erizan :
 Hiérense, á herirse tornan y desprecian
 La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el día en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate : altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguja su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Teudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolacion, muerte, rüina
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le ve : su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las hijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda :
Vuelve el árabe á Sancho, el troton pára,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,
Sobre el arzon el cuerpo amenazante;
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Serenos el rostro, en ademan forzado
Blande el mancebo el hierro contellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan,

XXVI.

No mas pronto entre humo y fuego y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebatá;
Ni montaraz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracan, ni catarata
De ondisonante rio, ni lava ardiente
Su arranque asemejaran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

« ¡ Maldicion sobre tí ! » grítale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro.
Parte á Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrisono estremece;
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera,
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI.

Crece entonces el ímpetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano excita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazón te agita?
¡Oh Sancho! yo si dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo al árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apenas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aun con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía.

.
.
.

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste, ¡oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo. —
Al eco torna del clarín que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño;

XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,
Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galán jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
El fragor lejos del pasado estruendo:
El campo en son confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan
Las rotas armas, y el vigor reparan.

.
.
.

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas y presto del asiento
 Cercano á la del rey la augusta silla
 Sancho, su hijo, con brioso aliento
 En pié y armado reluciente brilla.
 « Con esta, dijo en varonil acento,
 Y de la vaina alzó media cuchilla;
 Al punto aquí castigaré al medroso
 Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX.

« ¿ Tregua ? ¡ Jamás ! ó vencimiento ó muerte ;
 Que nunca fatigó, ni impuso miedo
 Continua guerra al corazón del fuerte,
 Ni abatió de su espíritu el denuedo.
 Quien ora intente abandonar la suerte,
 Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
 Es un cobarde y vil, y de ahora digo
 Que ya me cuente á mí por su enemigo. »

XL.

Dijo, y fuego su vista derramada
 En torno de nosotros despedía :
 La mano en el recazo de su espada,
 Ministra de la muerte, sostenía ;
 Y en su ademán y vívida mirada
 Al genio de la noche parecía
 Sobre la tempestad, cuando destina
 El mundo todo á funeral ruina.

XLI.

« ¡ O triunfo ó muerte ! » en grito altisonante
 Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
 Los jóvenes mi voz, y en arrogante
 Aspecto las espadas empuñaron :
 Con muestra humilde y plácido semblante,
 Cuando á la voz del rey todos callaron
 Opas el labio de dulzura lleno
 Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

« ¡ Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
 Miro en vosotros, de la patria escudo,
 El noble ardor que vence los afanes
 Y el pecho incita á combatir sañudo !
 Tímidas ven las huestes musulmanes
 Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
 Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
 Mortal temor sus corazones hiela.

XLIII.

« Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
 Y el lauro ciñe de inmortal victoria ;
 Goza, heredada al contemplar la llama
 Que hará á tu hijo fatigar la historia ;
 Por cuanto ardiente el sol su luz derrama
 Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
 De siglo en siglo esparcirá tu nombre
 La fama en voz que al universo asombre.

XLIV.

« Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
 No marchite tu honor puro y radiante
 Volver acaso al riesgo aventurado
 Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
 Muéstrate á par de intrépido soldado
 Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
 De tus ínclitos jóvenes serena,
 Y su ardimiento generoso enfrena. »

XLV.

Llegaba aquí cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

« No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que, menos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde
Yo desconozca misero y cobarde.

XLVII.

« Mas ¿ qué vale triunfar, qué el ardimiento,
Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿ Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada? »

XLVIII.

« Volved la vista ¡ oh nobles campeones !
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del mero los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Luego decid si galardón merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

XLIX.

« Descanso os pide el esforzado ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso sí, para despues mas fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide solo de reposo un día,
Y os promete despues nueva osadía.

L.

« Un día solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor enciende,
La voz de guerra elevase inhumana
Y el sonoro clarín los aires hienda:
Gózate en tanto, ¡ oh rey ! gócese ufana
Tu heróica hueste y su furor suspenda
Y vosotros ¡ oh nobles compañeros !
Dad á la vaina un punto los aceros. »

LI.

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Gesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrisono el averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazon malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos tambien con pecho confiado,
(Que nunca rezelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta entonces de Jerez ofrece
 La alliva puerta el pueblo en su contento,
 Y marchando magnífico aparece
 Sacro concurso en tardo movimiento.
 El aura en ondas el incienso mece,
 Y humildes gracias al empero asiento
 Un virgen coro armónico levanta,
 Y « hosana, hosana, » sonoro canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo
 Atiende en pos del Salvador del mund
 Resuena solo reverente el canto,
 Reina silencio en derredor profundo.
 Sublima el pecho religioso encanto,
 Y en paz trocado el ánimo iracundo,
 La hueste sigue en muestra respetosa,
 Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
 Sacros ministros de Jesus divino,
 Parte su estola auríferos colores
 Sobre la veste cándida de lino :
 Orlas de lauro y de vistosas flores
 Penden al asta del cruzado sinó,
 Y allí Rodrigo respetuoso guía
 En pos la augusta ceremonia pia.

LVI.

Las tiendas cercan y el glorioso acento
 Se siente al eco resonar sūave,
 Calma su ruido misterioso el viento,
 Suspende el canto embebecida el ave,
 Bendice el campo de la lid sangriento
 El sacerdote en aparato grave,
 Tornan y al muro majestuosos giran
 ¡ Miseros ! ¡ ay ! y júbilo respiran.

LVII.

El campo todo venturoso rie :
 Allí la virgen tímida y atenta
 La vista esparce, y el mancebo engrie
 Su noble pecho y animarla intenta.
 El padre anciano con placer sonrie
 Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
 A sus ojos las armas, temeroso
 Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
 Guerreros nuestros en el campo moro,
 Y relumbran gallardas las cimbras
 Y armas y petos enmoldados de oro ;
 Suenan confusas voces placenteras,
 Himnos alza tal vez juvenil coro,
 Y fiesta y triunfo y algazara y canto
 Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

.....

 Un alcázar de pórvido luciente
 Junto al famoso Bétis se levanta,
 Do la riqueza y esplendor de oriente
 Los muros y artesones abrillanta;
 Las puertas son de bronce refulgente,
 Y con soberbia y aparato espanta
 Fuerte escuadron en torno de guerreros
 Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
 Aromática estancia y opulenta,
 Trono de bullidora pedrería
 Al moro rey con majestad sustenta:
 Torvos los ojos y la faz sombría
 Ora el monarca pensativo ostenta;
 Que arde su pecho en bárbaro coraje
 Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita
 La corte toda su silencio triste,
 Y de la sombra que su raz marchita
 Su rostro cada cual cubre y reviste;
 La saña misma que al monarca irrita,
 En muchos nobles con furor asiste,
 Y oculta á otros la cristiana injuria,
 Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero
 Y de estatura y miembros de gigante,
 Junto á la silla del monarca fiero
 Fija en él su mirada centellante;
 El silencio fatal rompe el primero
 Con formidable muestra y arrogante,
 Y sin respeto y con acento airado
 Al fin prorumpe, de callar cansado.

V.

« Aldaimon, Aldaimon, ¿ adónde el brio
 Del musulman está? ¿ dónde la guerra
 Y del profeta santo el poderío
 Que á las naciones miseras aterra?
 ¡ Maldiga Alá la paz que da al impío
 Segura vida y júbilo en la tierra!
 Hunda su reino el Dios de las venganzas,
 Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

VI.

« Armas tus fuertes, junta tus varones,
 Que yo á su frente por Alá te juro
 En un lago de sangre las legiones
 Y el odio ahogar del nazareno impuro;
 Del profeta los cándidos pendones
 Brillen de Murcia en el vencido muro,
 Y en aquel de su Dios altar maldito
 La espada eleve nuestro santo rito. »

VII.

Dijo y rugando la ceñuda frente...

.....

VIII.

« Mas no tú solo, intrépido mancebo,
 Irás á dar á mi furor templanza,

Que yo cual tú tambien el ansia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazon excita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde tambien doblo el castigo.

IX.

« Ve, Soliman : las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento. »
Dijo, y le escucha el musulman apenas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y zeloso del rey se abrasa en ira.

X.

Con grata muestra entonces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano
Inclinando la faz, las manos llevan :
Luego un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan ;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI.

« Campeones de Dios, ¡ descendientes
Del ínclito Ismael ! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía.

XII.

« Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,

Y la altivez de Mérida humillarse ;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel : Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena. »

XIII.

Dijo, y del trono aurífero descende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla incina.

.....

.....